

bambú

Núria Pradas

El misterio de la calle de las Glicinas



Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, S. A.

© 2006, Núria Pradas
© 2006, Editorial Casals, S. A.
Tel.: 902 107 007
www.editorialbambu.com
www.bambulector.com

Ilustración de la cubierta: Pedro Espinosa
Diseño de la colección: Miquel Puig

Segunda edición: diciembre de 2012
ISBN: 978-84-8343-137-5
Depósito legal: M-754-2011
Printed in Spain
Impreso en Edigrafos, S. A., Getafe (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

I	7
II	9
III	13
IV	17
V	26
VI	36
VII	42
VIII	46
IX	52
X	57
XI	62
XII	65
XIII	68
XIV	71
XV	78
XVI	80
XVII	83
XVIII	90
XIX	96
XX	101
XXI	105
XXII	109
XXIII	116
XXIV	121
XXV	124

I

10 de junio de 1968

El anochecer teñía el cielo de tonos anaranjados. Las calles, abatidas por las altas temperaturas de aquel día de junio que ya anunciaba el verano que se aproximaba, se llenaban de trabajadores que abandonando fábricas, oficinas y comercios regresaban a sus casas. Ese era también el caso de Damián, un chico de veinte años que solo hacía una semana que trabajaba como ilustrador en una importante revista gráfica. Era un oficio que le apasionaba y, aunque reconocía que no lo habría conseguido nunca sin la influencia de su padre —un destacado banquero de la ciudad que se llamaba como él, Damián Serra—, había decidido aferrarse a aquella oportunidad sin dudar y luchar con todas sus fuerzas para ganarse un nombre, él solo, en el difícil mundo de la ilustración.

De momento, durante aquella primera semana de trabajo, había servido más cafés que dibujos había trazado su



pluma, ávida de alguna oportunidad. Pero Damián no era impaciente. Al contrario, todo el mundo lo consideraba un muchacho sensato, seguro de sí mismo, y con un carácter afable y tranquilo.

Damián abandonó la redacción a las siete de la tarde. Se detuvo en el quiosco de la esquina. Sacó tres pesetas de su bolsillo y compró *La Vanguardia*. A diario, al salir del trabajo, se iba directo a casa, pero aquel día era viernes y Damián había quedado con unos amigos para ir al cine. Le tocaba a él escoger la película. Por eso empezó a hojear, sin mucha atención, el periódico. La noticia de la semana, el asesinato de Robert Kennedy, protagonizaba todavía los titulares del día. Pero Damián se había propuesto disfrutar de su primer fin de semana libre y no quería que nada le aguara la fiesta. Por eso, pasó rápidamente las hojas hasta que encontró la cartelera de espectáculos. Hojeando el periódico, había llegado a la parada del autobús que tenía que llevarlo hasta su casa.

Damián no sabía que nunca llegaría a su casa.



II

Estaba de pie en la parada del autobús, que se llenaba de gente por momentos. Pero él no se daba cuenta; tenía los ojos fijos en la cartelera de cine y, por lo demás, nada parecía importarle. En el Novedades ponían *Adivina quién viene esta noche*, con Spencer Tracy y Sidney Poitier, y en el Lido, *El planeta de los simios*, con Charlton Heston. Le habían hablado muy bien de las dos, pero él prefería mil veces la sutil socarronería de Tracy a las demostraciones musculosas de Heston. Sí, irían a ver la de Tracy.

El ruido de un frenazo le hizo levantar la cabeza. Era su autobús. Se dirigió poco a poco, en lenta procesión, detrás de la larga cola de gente que se había ido formando durante aquel rato. Se fijó en la chica que tenía delante; era difícil no fijarse en ella. Un perfume dulce, afrutado, comenzó a llenarle todos los sentidos y lo obligó a fijar la vista en aquella desconocida que, al principio, le había pasado desapercibida. Tal como la veía, de espaldas, lo que más le



llamaba la atención era su larga cabellera negra. El cabello liso y brillante le caía hasta la cintura, como una cascada de azabache. La gente empujaba, y sin querer, aunque sin lamentarlo tampoco, se pegó un poco más a la chica, que se apresuró a subir al autobús. Él se encaramó detrás. El cabello negro de la chica le rozó la cara y aquel perfume intenso lo transportó muy lejos de la realidad. Ella ya tenía el billete y se alejaba por el pasillo, hacia el fondo del vagón. Él la siguió, abriéndose paso a codazos hasta que consiguió situarse a su lado. No se daba cuenta de que el corazón le latía con violencia dentro del pecho. Si se hubiera parado a pensar qué hacía, qué sentía y qué pensaba, Damián no se habría comprendido a sí mismo. Pero no podía perder el tiempo pensando. Lo que quería era llamar la atención de aquella chica, tenía que conseguir que se diera la vuelta, que le mostrara los ojos que ahora solo eran una promesa misteriosa; unos ojos que imaginaba dulces como el perfume que desprendía su cabello negro: olor a mandarina, olor a azahar...

Los deseos de Damián se hicieron realidad enseguida. El autobús frenó con brusquedad y el cuerpo de la desconocida chocó contra el suyo. Ella se volvió, para disculparse con una sonrisa. Unos ojos almendrados, negros, intensos, se clavaron en los de Damián. Una descarga eléctrica, violenta, lo hizo temblar de arriba abajo. Ella sonreía en silencio. Él no pudo pronunciar palabra, no pudo sonreír. No sabía por qué, pero acababa de decidir que quería poner su destino en manos de aquellos ojos negros.

Cuando la chica bajó del autobús, Damián no dudó en



seguirla. No era su parada, evidentemente, pero en aquel momento no podía pensar en su parada, en los amigos que lo esperaban para ir al cine o en Spencer Tracy. La vida de Damián estaba dando un giro rotundo, había sido totalmente trasmudada por aquella mirada intensa, de fuego, por aquel cabello negro, perfumado. Damián, tranquilo, equilibrado, el chico que siempre tenía los pies en el suelo, acababa de desaparecer tras una desconocida que lo conducía, inexorablemente, hacia un destino inquietante.

Seguía los pasos de la joven a una distancia en absoluto prudente. Ella, evidentemente, debía de darse cuenta de la persecución a la que era sometida. Pero seguía caminando tranquila, como si no se diera cuenta de nada, como si nada pasara, o como si el hecho de que la siguieran por la calle fuera la cosa más natural del mundo.

Así, una tras otra, fueron enfilando calles que Damián no había visto nunca antes. Pasaron por una plaza que parecía sacada de una postal y se dirigieron hacia un callejón angosto, tranquilo, a la sombra de las espesas arboledas de las fincas que se escondían detrás de las verjas, imponentes y señoriales. Si hubiera podido ver otra cosa que no fuera la chica morena, Damián habría podido percatarse de la belleza singular de aquel lugar desconocido.

Inesperadamente, la joven se volvió hacia él, plantándole cara. Él se detuvo, expectante; esperaba algo, sí, pero no sabía muy bien qué, tan grande era su aturdimiento.

—Ya hemos llegado —le dijo ella con una sonrisa generosa, encantadora, que ya había visto en el autobús, y con una voz aterciopelada que parecía llegar de muy lejos.



Se había detenido ante una verja majestuosa, donde se apaciguaba la severidad fría del hierro con el color y el calor de las glicinas.

Damián seguía callado.

–¿Quieres entrar conmigo? –lo invitó la desconocida.

Él no respondió.

–¿Quieres entrar? –insistió, sin perder el brillo tentador de sus ojos.

Ante la impasibilidad del chico, la desconocida volvió a sonreír. Sacó una llave del bolso que llevaba colgado del hombro y abrió la portezuela de la verja, que no volvió a cerrar. La chica la cruzó y avanzó unos pasos por el jardín que conducía a la casa, un edificio de dos plantas que quizá, en otra época, se había alzado elegante y majestuoso en medio del jardín.

La chica se volvió una vez más hacia Damián y sonrió de nuevo, invitándolo otra vez, en silencio, a seguirla.

Y Damián atravesó el umbral del misterio.



III

Verano del 2000

AElena ya no le quedaban lágrimas. Los ojos se le habían secado de tanto llorar. Pero la pena no desaparecía, no se fundía con las lágrimas, no se secaba nunca.

Hacía un mes exacto que Marc, su novio, había desaparecido. La había llamado a las siete desde el trabajo para quedar con ella:

–A las ocho delante de tu casa –fue lo último que le oyó decir.

Como cada viernes, Elena y Marc se disponían a construir su espacio de ocio y de libertad. Cuarenta y ocho horas para los dos, para estar juntos y divertirse. Desde que salía con Marc, Elena no abría ni un libro los fines de semana. Estaba estudiando derecho y sus notas se habían resentido, ya no eran tan brillantes como antes de empezar a salir con él, pero a ella eso no le importaba, porque si bien era cierto que las notas habían empeorado, ella se sentía más feliz que nunca. Y es que Marc era su primer amor. Su



primer amor de verdad, ¡claro! ¡Y lo amaba tanto! Estaba segura de que tenía que ser el primero y el último, el único amor de su vida.

Elena esperó inútilmente a Marc, de pie en la calle, cinco, diez, veinte largos minutos. Le extrañó, nunca se retrasaba. Al cabo de media hora, nerviosa, lo llamó al móvil. El aparato estaba apagado. A las nueve, decidió llamar a su casa, con la esperanza de que respondiera Guille, el hermano de Marc, y no su padre o su madre, a los que solo conocía de vista y hacia los que sentía una especie de pudor extraño que la cortaba mucho.

Se puso Guille, pero sus palabras no fueron muy tranquilizadoras.

—¿Marc? No, no está en casa. Creía que estaba contigo.

Al día siguiente, a media tarde, después de haber preguntado sin obtener respuesta a sus amigos y de indagar en los hospitales, los padres de Marc decidieron denunciar su desaparición a la policía. En comisaría hicieron los trámites de rigor, rellenaron una ficha con los datos del desaparecido e interrogaron a la familia, los amigos y los compañeros de trabajo. Interrogaron también a Elena. Y luego... ¡nada! Había que esperar unos días, a que las investigaciones dieran frutos, dijo el inspector jefe. Pero el inspector no dijo lo que su olfato, y los años de experiencia, le hacían sospechar: que aquel caso tenía pinta de ser una desaparición «limpia», una de esas que no dejan pistas. Un caso más entre el centenar de casos de jóvenes desaparecidos en la gran ciudad durante el año. Uno de aquellos casos que no se solucionan nunca.



Al cumplirse un mes de la desaparición de Marc, Elena se hundió. Aquello era una agonía. A veces se sorprendía pensando que hubiera preferido que Marc estuviera muerto. Al menos, así sabría dónde estaba, se habría podido despedir, podría llevarle flores a la tumba. Pero cuando Elena tomaba conciencia de esos negros pensamientos, sacudía la cabeza de lado a lado para ahuyentarlos. Marc estaba vivo. ¡Seguro que estaba vivo! Pero, ¿dónde? ¿Por qué había desaparecido así, de repente? Quizá en esos momentos, mientras ella lloraba por él, él sufría, o se encontraba solo, perdido... Pero, ¿por qué? ¿Por qué? Dios mío, ¿por qué él?

Elena paseaba, nerviosa, arriba y abajo de la habitación. Parecía una fiera enjaulada. La pena y la impotencia se mezclaban y la convertían en un manajo de nervios. Su familia ya no sabía qué decirle ni cómo consolarla. Y ella no sabía qué hacer. No podía acudir a la policía; siempre que el inspector jefe la veía, se escondía, y si no le daba tiempo a esconderse, se la sacaba de encima con palabras amables pero vacías. Tampoco quería volver a la casa de Marc. Estaba muy dolida por cómo la habían tratado los padres del chico. Porque, si bien era cierto que la relación con Marc no era formal –hacía solo seis meses que salían y aún eran demasiado jóvenes para formalizar nada–, eso no justificaba que la ignoraran, que la despreciaran, como si solo ellos tuvieran la exclusiva de sufrir, como si solo ellos lo amaran. Claro que con Guille era otra cosa... ¡Guille!

Elena se abalanzó hacia el teléfono, decidida a hablar con Guille. Si contestaba la madre o el padre de Marc, colgaría.



Sabía que eso les podía hacer sufrir más, pero ellos tampoco habían sido muy considerados con su sufrimiento.

El teléfono dio tono, una... dos... tres veces.

«¡Por Dios! Venga, Guille, ¡contesta!»

–Sí, ¿diga?

–¿Eres tú, Guille?

–Sí. ¿Eres Elena?

–Guille, escúchame... Tenemos que hablar.

–Elena, ¿qué pasa? Estás muy nerviosa. ¿Sabes algo de Marc? ¿Tienes alguna noticia?

–No, pero tengo una idea. Y no puedo seguir ni un minuto más así.

–¿Así? ¿Cómo?

–De brazos cruzados, ¿me comprendes? ¿Podemos verlos, Guille? Dime que sí, por favor.

